





CLÁSICOS  
**B**

Título original: *Jane Eyre*  
Traducción: Nuria González Esteban  
1.ª edición: octubre, 2016

© Ediciones B, S. A., 2016  
Consell de Cent, 425-427 – 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Diseño de portada e interior: Donagh I Matulich

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-9070-292-5  
DL B 16001-2016

Impreso por NOVOPRINT  
Energía, 53  
08740 Sant Andreu de la Barca – Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

**JANE EYRE**  
CHARLOTTE BRONTË

CLÁSICOS  
**B**



## CAPÍTULO I

Aquel día no fue posible salir a dar un paseo. Por la mañana jugamos durante una hora entre los matorrales, pero después de comer (Mrs. Reed comía temprano cuando no tenía visitas), el frío viento invernal trajo unas nubes tan sombrías y una lluvia tan penetrante, que toda posibilidad de salir se disipó.

Yo me alegré. No me gustaban los paseos largos, sobre todo en aquellas tardes de invierno. Regresábamos de ellos al anochecer, y yo volvía siempre con los dedos agarrotados, con el corazón entristecido por los reproches de Bessie, la niñera, y humillada por la conciencia de mi inferioridad física respecto de Eliza, John y Georgiana Reed.

Los tres, Eliza, John y Georgiana, se agruparon en el salón en torno a su madre, reclinada en el sofá, junto al fuego. Rodeada de sus hijos (que en aquel instante no se peleaban ni hacían alboroto), mi tía parecía sentirse perfectamente feliz. A mí no me permitió unirme al grupo, diciendo:

—Lamento que tengas que estar apartada de nosotros, pero mientras Bessie y yo no hayamos comprobado que te muestras más sociable y natural, que has adquirido modales más espontáneos y atractivos —algo más francos y desenvueltos de los que tenía entonces— voy a tener que privarte de los privilegios que les corresponden a los niños alegres y obedientes.

—¿Y qué ha dicho Bessie de mí? —interrogué al oír aquellas palabras.

—No me gustan las niñas preguntonas, Jane. Una niña no debe hablar a los mayores de esa manera. Siéntate en cualquier parte y, mientras no se te ocurran mejores cosas que decir, quédate callada.

Me deslicé hacia el pequeño comedor de desayuno anexo al salón, en el cual había una estantería con libros. Tomé uno que tenía bonitas ilustraciones. Me trepé al alféizar de una ventana, me senté en él cruzando las piernas como un turco y, después de correr las rojas cortinas que protegían el hueco, quedé aislada por completo en aquel retiro. Las cortinas rojas limitaban a mi derecha mi campo visual, pero a la izquierda, los cristales, aunque me defendían de los rigores de la inclemente tarde de noviembre, no me impedían contemplarla. Mientras volvía las hojas del libro, me paraba de cuando en cuando para mirar el paisaje invernal. A lo lejos todo se fundía en un horizonte plomizo de nubes y nieblas. De cerca se divisaban los prados húmedos y los arbustos agitados por el viento, y sobre toda la perspectiva caía, sin cesar, una lluvia desoladora.

Continué hojeando mi libro. Era una obra de Bewick, *Historia de los pájaros británicos*, consagrada en gran parte a las costumbres de los pájaros y cuyo texto me interesaba poco, en general. No obstante, había unas cuantas páginas de introducción que, a pesar de ser muy niña aún, me atraían lo suficiente para no considerarlas del todo áridas. Eran las que trataban de los lugares donde suelen anidar las aves marinas: «las solitarias rocas y promontorios donde no habitan más que estos seres», es decir, las costas de Noruega salpicadas de islas, desde su extremidad meridional hasta el Cabo Norte.

*Donde el mar del Septentrión, revuelto,  
baña la orilla gris de la isla melancólica  
de la lejana Tule, y el Atlántico  
azota en ruda tempestad las Hébridás...*

Me sugestionaba mucho el imaginar las heladas riberas de Laponia, Siberia, Spitzberg, Nueva Zembla, Islandia, Groenlandia y «la inmensa desolación de la Zona Ártica, esa extensa y remota



región desierta que es como el almacén de la nieve y el hielo, con sus interminables campos blancos, con sus montañas heladas en torno al polo, donde la temperatura alcanza su rigor más extremo».

Yo me formaba una idea muy personal de aquellos países, una idea fantástica, como todas las nociones aprendidas a medias que flotan en el cerebro de los niños, pero intensamente impresionante. Las frases de la introducción se relacionaban con las ilustraciones del libro y prestaban máximo relieve a los dibujos: una isla azotada por las olas y por la espuma del mar, una embarcación estrellándose contra los arrecifes de una costa escarpada, una luna fría y fantasmal iluminando, entre nubes sombrías, un naufragio... No acierto a definir el sentimiento que me inspiraba una lámina que representaba un cementerio solitario, con sus lápidas y sus inscripciones, su puerta, sus dos árboles, su cielo bajo y, en él, media luna que, elevándose a lo lejos, alumbraba la noche naciente.

En otra lámina dos buques que aparecían sobre un mar en calma se me figuraban fantasmas marinos. Pasaba algunos dibujos por alto: por ejemplo, aquel en que una figura cornuda y siniestra, sentada sobre una roca, contemplaba una multitud rodeando una horca que se perfilaba a lo lejos.

Cada lámina de por sí me relataba una historia: una historia generalmente oscura para mi inteligencia y mis sentimientos no del todo desarrollados aún, pero siempre interesante, tan interesante como los cuentos que Bessie nos contaba algunas tardes de invierno, cuando estaba de buen humor. En esas ocasiones llevaba a nuestro cuarto la mesa de planchar y, mientras repasaba los lazos de encaje y los gorros de dormir de Mrs. Reed, nos relataba narraciones de amor y de aventuras tomadas de antiguas fábulas y romances y, en ocasiones (según más adelante descubrí), de las páginas de *Pamela* y de *Enrique, conde de Moreland*.

Con el libro en las rodillas me sentía feliz a mi manera. Solo temía ser interrumpida, y la interrupción llegó, en efecto. La puerta del pequeño comedor acababa de abrirse.

—¡Eh, tú, señora marmota! —gritó la voz de John Reed.

Al ver que el cuarto estaba, en apariencia, vacío, se interrumpió.

—¡Lizzy, Georgy! —gritó—. Jane no está aquí. ¡Debe de haber salido, con lo que llueve! ¡Qué bestia es! Díganselo a mamá.

«Menos mal que he corrido las cortinas», pensaba yo. Y deseaba con todo fervor que no descubriera mi escondite. John Reed no lo hubiera encontrado probablemente, ya que su sagacidad no era mucha, pero Eliza, que asomó en aquel momento la cabeza por la puerta, dijo:

—Está en el antepecho de la ventana, Jack. Estoy segura.

Me apresuré a salir, temiendo que si no Jack me sacase a rastras.

—¿Qué quieres? —pregunté con temor.

—Debes decir: «¿Qué quiere usted, señorito Reed?» —repuso—. Quiero que vengas aquí.

Y sentándose en una butaca, me ordenó con un ademán que me acercara.

John Reed era un muchacho de catorce años, es decir, tenía cuatro más que yo. Estaba muy desarrollado y fuerte para su edad, su piel era fea y áspera, su cara ancha, sus facciones toscas y sus extremidades muy grandes. Comía hasta hartarse, lo que le producía bilis y le hacía tener los ojos inyectados en sangre y las mejillas hinchadas. Debía haber estado ya en el colegio, pero su mamá lo retenía en casa durante un mes o dos, «en atención a su delicada salud». Mr. Miles, el maestro, opinaba que John estaría mejor si no le enviasen de casa tantos bollos y confituras, pero la madre era de otro criterio y creía que la falta de salud de su hijo se debía a que estudiaba en exceso.

John no le tenía mucho cariño a su madre ni a sus hermanas y sentía hacia mí una marcada antipatía. Me reñía y me castigaba no una o dos veces a la semana o al día, sino siempre y continuamente. Cada vez que se acercaba a mí, todos mis nervios se ponían en tensión y un escalofrío me recorría los huesos. El terror que me inspiraba me hacía perder la cabeza. Era inútil apelar a nadie: la servidumbre no deseaba malquistarse con el hijo de la señora, y esta era sorda y ciega respecto al asunto. Al parecer, no veía nunca a John pegarme ni insultarme en su presencia, pese a que lo efectuaba más de una vez, si bien me maltrataba más frecuentemente a espaldas de su madre.

Obediente, como de costumbre, a las órdenes de John, me acerqué a su butaca. Durante tres minutos estuvo insultándome con todas las energías de su lengua. Yo esperaba que me pegase de un momento a otro, y, sin duda, en mi rostro se leía la aversión que me inspiraba, porque, de pronto, me descargó un golpe violento. Me tambaleé, procuré recobrar el equilibrio y me aparté uno o dos pasos de su butaca.

—Eso es para que aprendas a no contestarle a mamá, y a esconderte entre las cortinas, y a mirarme como me acabas de mirar.

Estaba tan acostumbrada a las brutalidades de John Reed, que ni siquiera se me ocurría replicar a sus injurias y solo me preocupaba de los golpes que solían seguirlas.

—¿Qué hacías detrás de la cortina? —preguntó.

—Leer.

—A ver el libro.

Lo tomé de la ventana y se lo entregué.

—Tú no tienes por qué andar con nuestros libros. Eres inferior a nosotros: lo dice mamá. Tú no tienes dinero, tu padre no te ha dejado nada y no tienes derecho a vivir con hijos de personas distinguidas como nosotros, ni a comer como nosotros, ni a vestir como nosotros a costa de mamá. Yo te enseñaré a agarrar mis libros. Porque son míos, para que sepas, y la casa, y todo lo que hay en ella me pertenece, o me pertenecerá dentro de pocos años. Sepárate un poco y quédate en pie en la puerta, pero lejos de las ventanas y del espejo.

Le obedecí, sin comprender enseguida sus propósitos. Reparé en ellos cuando le vi tomar el libro para tirármelo, y quise separarme, pero ya era tarde. El libro me dio en la cabeza, la cabeza tropezó contra la puerta, el golpe me produjo una herida y la herida comenzó a sangrar. El dolor fue tan intenso que mi terror, que había llegado a su extremo límite, dio lugar a otros sentimientos.

—¡Malvado! —le dije—. Eres peor que un asesino, que un negrero, que un emperador romano...

Yo había leído *Historia de Roma*, de Goldsmith, y me había formado una opinión personal con respecto a Nerón, Calígula y demás césares. E incluso, en mi interior había establecido

paralelismos que hasta aquel momento guardaba ocultos, pero que entonces no conseguí reprimir.

—¡Cómo! —exclamó John—. Eliza, Georgiana, ¿habéis oído lo que me ha dicho? Voy a contárselo a mamá. Pero antes...

Se arrojó sobre mí, me agarró por el cabello y por la espalda y me zarandó brutalmente. Yo lo consideraba un tirano, un criminal. Una o dos gotas de sangre se deslizaron desde mi cabeza hasta mi cuello. Sentí un dolor agudo. Aquellas impresiones se sobrepusieron a mi miedo y rechacé a mi agresor enérgicamente. No sé bien lo que hice, pero lo oí decir a gritos:

—¡Maldita! ¡Perra!

No tardó en recibir ayuda. Eliza y Georgiana habían corrido hacia su madre y esta aparecía ya en escena, seguida de Bessie y de Abbot, la criada.

Nos separaron y oí exclamar:

—¡Lo que hay que ver! ¡Con qué furia le pegaba esa niña al señorito John!

—¡Con cuánta rabia!

Mrs. Reed ordenó:

—Llévensela al cuarto rojo y enciérrenla en él.

Varias manos me sujetaron y me arrastraron hacia las escaleras.

## CAPÍTULO II

Resistí por todos los medios. Eso era algo insólito y contribuyó a aumentar la mala opinión que tenían de mí Bessie y Miss Abbot. Yo estaba excitadísima, fuera de mí. Comprendía, además, las consecuencias que iba a acarrear mi rebeldía y, como un esclavo insurrecto, estaba firmemente decidida, en mi desesperación, a llegar a todos los extremos.

—Cuidado con los brazos, Miss Abbot: la pequeña araña como una gata.

—¡Qué vergüenza! —decía la criada—. ¡Qué vergüenza, señorita Eyre! ¡Pegar al hijo de su benefactora, a su señorito!

—¿Mi señorito? ¿Acaso soy una criada?

—Menos que una criada, porque ni siquiera se gana el pan que come. Vamos, siéntese aquí y reflexione a solas sobre su mal comportamiento.

Me habían conducido al cuarto indicado por Mrs. Reed e hicieron que me sentara. Mi primer impulso fue ponerme en pie, pero las manos de las dos mujeres me lo impidieron.

—Si no se queda quieta, habrá que atarla —dijo Bessie—. Déjeme sus ligas, Abbot. No puedo quitarme las mías, porque tengo que sujetarla.

Abbot procedió a despojar sus gruesas piernas de sus ligas. Aquellos preparativos y la afrenta que había de seguirlos disminuyeron algo mi excitación.

—No necesitan atarme —dijo—. No me moveré.

Y, como garantía de que cumpliría mi promesa, me senté voluntariamente.

—Más le valdrá —dijo Bessie.

Cuando estuvo segura de que yo no me rebelaría más, me soltó, y las dos, cruzándose de brazos, me contemplaron como si dudaran de que yo estuviera en mi sano juicio.

—Nunca había hecho una cosa así —dijo Bessie, volviéndose a la criada.

—Pero en el fondo su modo de ser es ese —replicó la otra—. Siempre se lo estoy diciendo a la señora, y ella concuerda conmigo. Es una niña de malos instintos. Nunca he visto cosa semejante.

Bessie no contestó, pero se dirigió a mí y me dijo:

—Debe usted comprender, señorita, que está bajo la dependencia de Mrs. Reed, que es quien la mantiene. Si la echara de casa, tendría usted que ir al asilo.

No contesté a estas palabras. No eran nuevas para mí: las estaba oyendo desde que tenía uso de razón. Y sonaban en mis oídos como un estribillo, muy desagradable sí, pero solo comprensible a medias. Miss Abbot agregó:

—Y aunque la señora tenga la bondad de tratarla a usted como si fuera igual que sus hijos, debe usted quitarse de la cabeza la idea de que es igual al señorito y a las señoritas. Ellos tienen mucho dinero y usted no tiene nada. Así que su obligación es ser humilde y procurar que sus benefactores la encuentren agradable.

—Se lo decimos por su bien —añadió Bessie con más suavidad—. Si procura usted ser buena y amable, quizá pueda vivir siempre aquí, pero si es usted maleducada y violenta, la señora la echará de casa.

—Además —acrecentó Miss Abbot—, Dios la castigará. Bueno, Bessie, vámonos. Rece usted, señorita Eyre, y arrepíentase de su mala acción, porque, si no, puede venir algún espíritu maligno por la chimenea y llevársela.

Se fueron y cerraron la puerta.

El cuarto rojo no solía usarse nunca, a menos que en Gateshead Hall hubiese una extraordinaria afluencia de invitados. Era,

sin embargo, uno de los mayores y más majestuosos aposentos de la casa. Había en él un lecho de caoba, de macizas columnas con cortinas de damasco rojo, situado en el centro de la habitación, lo que le daba al ambiente el aspecto de un altar. La habitación tenía dos ventanas grandes con las cortinas perpetuamente corridas. La alfombra era roja y la mesita situada junto al lecho estaba cubierta con un paño carmesí. Las paredes se hallaban tapizadas en rosa. El armario, el tocador y las sillas eran de caoba oscura barnizada. Junto a la cama había un sillón lleno de almohadones, casi tan ancho como alto, que me parecía un trono.

El cuarto era frío, porque casi nunca se encendía la chimenea; silencioso, porque estaba lejos de la cocina y del cuarto de los niños; solemne, porque me constaba que se usaba pocas veces y porque la criada solo entraba allí los sábados para quitar el polvo del espejo y de los muebles. De tarde en tarde, Mrs. Reed visitaba también la habitación para revisar, en un cajón secreto del armario, las joyas que guardaba junto con un retrato de su difunto marido...

En eso residía todo el secreto del cuarto rojo y la razón de que nadie lo visitara. Mr. Reed había muerto nueve años atrás precisamente en aquella habitación, en ella había permanecido de cuerpo presente, y todo fue dejado allí en la misma forma en que se encontraba al fallecer.

El asiento en que Bessie y la áspera Abbot me habían hecho instalarme era una otomana baja, próxima a la chimenea de mármol. Ante mí se erguía el lecho; a mi derecha quedaba el armario, grande y sombrío, con negros reflejos en sus paredes; y a la izquierda, las ventanas cerradas, entre las cuales había un gran espejo que duplicaba la visión de la vacía del lecho majestuoso y del aposento. Yo no estaba absolutamente segura de si las dos mujeres habían cerrado la puerta al marcharse. Me atreví a levantarme para comprobarlo. ¡Ay, sí!, la encontré cerrada herméticamente.

Pasé ante el espejo otra vez. Involuntariamente mis ojos fascinados dirigieron una mirada al cristal. Todo parecía en el espejo más frío y más sombrío de lo que era en realidad, y la extraña figurita que, con el rostro lívido y los ojos brillantes de miedo, aparecía en el cristal me parecía un espíritu, uno de aquellos seres,

entre hadas y duendes, que en las historias de Bessie se aparecían a los viajeros solitarios. Volví a mi asiento.

Comenzaba a acosarme la superstición. Pero no me dominaba del todo: aún quedaban en mi alma rastros de la energía que me infundiera mi rebeldía reciente. En mi cabeza se agitaban las violencias de John Reed, la orgullosa indiferencia de sus hermanas, la aversión de su madre y la parcialidad de los criados, como los sedimentos depositados dentro de un pozo salen a la superficie al agitarse sus aguas. ¿Por qué tenía que sufrir siempre, ser siempre golpeada, siempre acusada, siempre considerada culpable? ¿Por qué no agradaba nunca a nadie, ni jamás merecía atención alguna? Eliza, testaruda y egoísta, era respetada. A Georgiana, rebelde, caprichosa e insolente, todo se le perdonaba. Su belleza, sus mejillas rosadas y sus dorados rizos encantaban a cuantos la veían y le daban derecho a que se pasasen por alto todas sus faltas. John no era jamás reprendido, ni mucho menos castigado, aunque retorciese el cuello a los pichones, matase las crías de los pavos reales, maltratase a los perros, arrancase las uvas de las parras y los retoños de las plantas más delicadas del invernadero. Llamaba «vieja» a su madre, se burlaba de su piel morena —tan parecida a la de él—, no hacía caso alguno de ella, estropeaba a veces sus vestidos de seda y, con todo, era «su niño querido». Yo no hacía nada malo, procuraba cumplir todos mis deberes y, sin embargo, se me consideraba fastidiosa y traviesa y se me reñía siempre, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana.

Mi cabeza sangraba aún por el golpe que me había dado John, sin que nadie lo hubiera reprendido a él por eso y, en cambio, mi reacción contra aquella violencia merecía la reprobación general.

«Es muy injusto», decía mi razón, estimulada por una precoz, aunque pasajera energía. Y en mi interior se forjaba la resolución de librarme de aquella situación de tiranía intolerable, o bien huyendo de la casa o, si eso no era posible, negándome a comer y a beber para concluir muriendo, por tantas torturas.

Durante aquella inolvidable tarde, la consternación reinaba en mi alma; mi cerebro era un caos mental y una rebeldía violenta sacudía mi corazón. Mis pensamientos y mis sentimientos se



debatían en torno a una pregunta que no lograba contestar: «¿Por qué he de sufrir así? ¿Por qué me tratan de este modo?»

No lo comprendí claramente hasta pasados muchos años. Yo no armonizaba con el ambiente de Gateshead Hall, no era como ninguno de los de allí, no tenía nada de común con Mrs. Reed, ni con sus hijos, ni con sus servidores. Me querían tan poco como yo a ellos. No sentían inclinación alguna a simpatizar con un ser que ni en temperamento ni en inclinaciones se les asemejaba, con un ser que no les era útil ni agradable en nada. Si yo, al menos, hubiera sido una niña divertida, bella, alegre y atrayente, mi tía me hubiera soportado mejor, sus hijos me hubieran tratado con más cordialidad y las criadas no hubieran descargado siempre sobre mí sus malos humores.

La luz del día comenzaba a disiparse en el cuarto rojo. Eran más de las cuatro y la tarde se convertía, rápida, en crepúsculo. Oía aullar el viento y batir la lluvia en las ventanas. Mi cuerpo estaba ya tan frío como una piedra y, no obstante, cada vez sentía un frío mayor. Mi valor se esfumaba. Mi acostumbrada humillación, las dudas que albergaba sobre mi propio valor, la habitual depresión de mi ánimo, recuperaban su imperio de siempre a medida que mi cólera decaía. Todos decían que yo era muy mala, y acaso lo fuese... ¿No acababa de ocurrírseme la idea de dejarme morir? Eso era un pecado y, además, ¿me sentía en efecto dispuesta a la muerte? ¿Acaso las tumbas situadas bajo el piso de la iglesia de Gateshead eran un lugar atractivo? Allí me habían dicho que fue enterrado Mr. Reed. Este recuerdo hizo aumentar mi temor.

No me acordaba de él. Solo sabía que mi tío, hermano de mi madre, me había recogido en su casa al quedarme huérfana y que, antes de morir, hizo prometer a su mujer que me trataría como a sus propios hijos. Sin duda, Mrs. Reed creía haber cumplido su promesa —y hasta quizá quepa decir que la cumplía tanto como se lo permitía su modo de ser—, pero en realidad, ¿cómo podía interesarse por una persona a la que no le unía parentesco alguno y que, muerto su marido, era una intrusa en su casa?

Comenzó a surgir en mi mente una extraña idea. Yo no dudaba de que, si mi tío hubiera vivido, me habría tratado bien. Y

en aquellos momentos, mientras miraba el lecho y las paredes sombrías, y también, de vez en cuando, al espejo que daba a todas las cosas un aspecto fantástico, empecé a recordar ocasiones en las que había oído hablar de muertos salidos de sus tumbas para vengar la desobediencia a sus últimas voluntades. Pensé que bien pudiera suceder que el espíritu de mi tío, indignado por los padecimientos que se infligían a la hija de su hermana, surgiese, ya de la tumba de la iglesia, ya del mundo desconocido en que moraba, y se presentase en aquella habitación para consolarme. Yo sospechaba que tal posibilidad, muy reconfortante en teoría, debía ser terrible en la realidad. Traté de tranquilizarme, aparté el cabello que me caía sobre los ojos, levanté la cabeza y traté de sondear las tinieblas de la habitación.

En aquel instante, una extraña claridad se reflejó en la pared. ¿Será —me pregunté— un rayo de luna que se desliza entre las cortinas de las ventanas? Pero la luz de la luna no se mueve, y aquella luz cambiaba de lugar. Por un momento se reflejó en el techo y luego osciló sobre mi cabeza.

Ahora, a través del tiempo transcurrido, conjeturo que tal luz provendría de alguna linterna que, para orientarse en la oscuridad, llevaba alguien para cruzar el campo, pero entonces, con la mente predispuesta a todos los horrores, en tensión todos mis nervios, pensé que aquella claridad era quizá el preludio de una aparición del otro mundo. El corazón me latía apresuradamente, las sienes me ardían, mis oídos percibieron un extraño sonido, como el apresurado batir de unas alas invisibles, y me pareció que algo terrible y desconocido se me aproximaba. Me sentí sofocada, oprimida; no podía más... Corrí a la puerta y la golpeé con desesperación. Sonaron pasos en el corredor, la llave giró en la cerradura y entraron en la habitación Abbot y Bessie.

—¿Está usted enferma, señorita? —preguntó Bessie.

—¡Qué modo de gritar! ¡Creí que iba a dejarme sorda! —exclamó Miss Abbot.

—Sáquenme de aquí. Déjenme ir a mi cuarto —grité.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Ha visto algo raro? —preguntó Bessie.

—He visto una luz y me ha parecido que se me acercaba un fantasma —dije, tomando la mano de Bessie.

—Ha gritado a propósito —opinó Abbot—. Si la hubiese ocurrido algo, podía disculparse ese modo de gritar, pero lo ha hecho para que viniéramos. Conozco sus mañas.

—¿Qué pasa? —preguntó otra voz.

Mi tía apareció en el pasillo, haciendo mucho ruido con las faldas. Se dirigió a Bessie y a Miss Abbot.

—Creo haber ordenado —dijo— que se dejase a Jane Eyre encerrada en el cuarto rojo hasta que yo viniese a buscarla.

—Es que Miss Jane dio un grito terrible, señora —repuso Bessie.

—No importa —contestó mi tía—. Suelta la mano de Bessie, niña. No creas que por esos procedimientos lograrás que te saquemos de aquí. Odio las farsas, sobre todo en los niños. Mi deber es educarte bien. Te quedarás encerrada una hora más y cuando salgas será a condición de que has de ser obediente en lo sucesivo.

—¡Ay, por Dios, tía! ¡Perdóneme! ¡Tenga compasión de mí! ¡Yo no puedo soportar esto! ¡Castígueme de otro modo! ¡Me moriría si viera...!

—¡Silencio! No soporto tus mentiras.

Quizá mi tía creía sinceramente que yo estaba fingiendo para que me soltasen y me consideraba como una mezcla de malas inclinaciones y simulación precoz.

Bessie y Abbot se retiraron y Mrs. Reed, cansada de mis protestas y de mis súplicas, me volvió bruscamente la espalda, cerró la puerta y se fue sin más comentarios. Sentí alejarse sus pasos por el corredor. Y debí de sufrir un desmayo, porque no me acuerdo de nada más.